

LUIS PÁSARA

LA **ILUSIÓN** DE UN **PAÍS DISTINTO**

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José **ALVARADO** JESÚS Diana **ÁVILA**

Capítulo 8

Alberto **DE BELAUNDE** Salvador **DEL SOLAR** Fernando **EGUREN** Alberto **GONZALES** Álvaro **HENZLER** Max **HERNÁNDEZ** Indira **HUILCA** Natalia **IGUIÑIZ** Jimena **LEDGARD** Vania **MASÍAS** Farid **MATUK** Jaime **MONTOYA** **UGARTE** Abelardo **OQUENDO** Cecilia **OVIEDO** Tania **PARIONA** Fernando **ROSPIGLIOSI** Gerardo **SARAVIA** Cecilia **TOVAR** **SAMANEZ** Paloma **VALDEAVELLANO** Victoria **VILLANUEVA** Joseph **ZÁRATE**

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

ALBERTO GONZALES

«LA REVOLUCIÓN ERA, PARA NOSOTROS, EL PROCESO
QUE CAMBIARÍA EL PAÍS, PARA HACERLO MÁS JUSTO,
SIN EXPLOTADOS NI EXPLOTADORES».

Estudiando la secundaria fue la primera ocasión en la que participé en la idea de que el mundo puede cambiarse. Pero es en la universidad que esta idea se sustenta y consolida. Estudié secundaria en el Instituto Experimental Agropecuario de Huancayo y tenía como compañeros a hijos de familias campesinas del departamento de Junín. Estos compañeros traían a las clases y a las conversas los conflictos a los que estaban enfrentadas sus familias y sus comunidades con las grandes haciendas, a las que acusaban de haberlos despojado de sus tierras. Los temas de abuso, desigualdad y justicia se discutían en el Instituto y esa fue mi primera exposición a ellos. Al final de la secundaria, sobre todo en quinto año, había reuniones de grupos político-revolucionarios vinculados al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Nos visitaban y nos dejaban invitaciones para ir a eventos, a algunos de los cuales asistí con amigos. Ahí escuchábamos la necesidad de la revolución, que esto había que cambiarlo, de la lucha contra... Esto era en 1963.

El otro elemento en secundaria fue un profesor de Literatura, que no nos hablaba de política como tal, sino que nos abrió el mundo de la literatura. Te puedes imaginar, en un instituto agropecuario, con una educación técnica que tomaba la mitad del tiempo para cursos en agricultura y ganadería, encontrar un profesor que venía de La Cantuta y nos comenzara a familiarizar con autores como Sartre, Herman Hesse, Joyce y, por supuesto, de la literatura peruana como Oswaldo Reynoso, Solari Swayne y los primeros libros de Arguedas... Era algo muy raro.

Me presenté e ingresé a la Universidad Agraria en 1964. Dedicué tres años a estudiar Biología y vivir en el laboratorio, porque gané una chambita en biología molecular para identificar nudos cromosómicos en células de maíz, dentro del Programa del Maíz, financiado por la Fundación Rockefeller. Esos tres primeros años yo estaba en mi burbuja pero percibía que estaba en una universidad a la que asistían un grupo pequeño de estudiantes que eran hijos de hacendados —e iban con unos

carros excepcionales—, que se oponían, a veces violentamente, a lo que llamaban la politización de la universidad y a las ideas de reforma agraria. Hacían ostentación de quiénes eran ellos y sostenían que esa universidad era suya o estaba a su servicio. Otra ocasión para ver abuso e injusticia.

En un curso electivo que tomé conocí a un profesor de economía política, César Benavides Carrasco, el Chino. Sus clases eran excepcionales. Era una persona muy empática, que suscitaba mucha conversa y convergencia. Después llevé con él un segundo curso de economía política y ahí me salí de Biología y me metí a Economía. Eran tiempos de gran ebullición política, por la reforma agraria que empezó a implementar el gobierno de Velasco, y había programas que se hacían en la Universidad para visitar comunidades campesinas. En la Facultad de Ciencias Sociales —que se cerró luego de la derrota del movimiento estudiantil— estaba el Departamento de Extensión Agrícola que, en convenio con el gobierno, preparaba estudiantes que voluntariamente iban a vivir y enseñar en comunidades campesinas. En nuestro caso, enseñábamos agricultura y gestión agropecuaria. Fui en dos oportunidades a comunidades ubicadas en el Valle del Mantaro.

Al final del tercer año en la Universidad empiezo a formar parte de Vanguardia Revolucionaria y participar en círculos de estudios. Inicio la lectura de textos marxistas —Marx, Engels, Lenin y Mao— que también fueron otro atractivo interesante de este mundo que comenzaba a abrirse ante mí. Fidel Castro y el Che eran las referencias revolucionarias más cercanas geográficamente y del Perú, por supuesto, José Carlos Mariátegui. Las lecturas más importantes en esa época —que yo recuerde y sobre las que más se conversaba— eran *Qué hacer* de Lenin, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Carlos Marx, *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo* también de Lenin y los textos de José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana...* Eso te daba una base y yo comencé a familiarizarme con ese tipo de literatura, que no había conocido antes. Había una opción, dentro de VR, de participar en círculos de estudio un poco más sofisticados, de lectura de *El Capital* y los textos filosóficos de Marx. Después se incorporan los textos de Mao.

«LA VIDA ENTERA DE CADA
UNO DE NOSOTROS DEBERÍA
ENCONTRARSE EN EL PARTIDO.
FUERA DE ÉL NO HABÍA VIDA
NI FAMILIA».

Empecé a militar en Vanguardia a finales de 1966 y desde 1967 me dediqué íntegramente al partido. Eso significó muy importantes cambios en mi vida. Salí de la casa y empecé a vivir en pequeñas habitaciones, en diferentes lugares, que eran asignadas por el partido. El significado de la militancia partidaria, para mí, era de dedicación completa a la tarea de la revolución. Se afirmaba en esa época, en esos momentos, que la vida entera de cada uno de nosotros debería encontrarse en el partido. Fuera de él no había vida ni familia, como solía mencionar el Che Guevara. En «El hombre nuevo» —incluido en la recopilación de sus trabajos que publicó la editorial Era— eso se subraya mucho. Luchar por la revolución era lo primero y todo lo demás se subordinaba, empezando por la familia. Era una dedicación de esas características. Primero estaba soltero y dedicado a eso con mucha más pasión. En 1970 me caso y mantengo la militancia; por lo tanto, la atención a la familia —que estaba empezando a construir— era muy pequeña.

Progresivamente, el trabajo partidario fue demandando mayor tiempo; inicialmente fue con obreros de construcción civil; luego, por decisión partidaria, retorné al trabajo partidario en el movimiento estudiantil. Entonces asumí la presidencia de la Federación de Estudiantes; antes había sido presidente del Centro Federado de Ciencias y secretario de organización de la Federación; en 1968 fui presidente de la Federación y me reeligieron en 1969.

La directiva que había en VR para el trabajo partidario en el movimiento estudiantil era que tú tenías que seguir estudiando y ser muy buen estudiante. Algo que nos afectaba mucho —y que dentro de VR lo mencionábamos mucho— era la existencia de estudiantes de izquierda eternos y de muy mal desempeño educativo. Había la directiva expresa de que los cursos en los que te inscribías debías llevarlos bien. Eran los estudios y el trabajo partidario, los dos elementos.

Apenas terminé mi segundo periodo en la presidencia de la Federación, en el partido hay un debate que lleva a la decisión de lo que se llamó la construcción del partido a nivel nacional. Envían fuera de Lima a unas diez o quince personas, con el mandato de construir partido. Yo fui enviado a Trujillo a trabajar con el movimiento obrero de cañeros. Estuve en Trujillo desde 1970 hasta 1972. Mi mandato era construir células partidarias dentro del movimiento obrero en Casagrande y Laredo. Los trabajadores a los que nos comenzamos a vincular eran trabajadores que destacaban por ciertas habilidades y capacidades, pero ellos estaban ganados por los desafíos que la cooperativa les planteaba. Cuando yo venía con mi discurso de marxismo o de lucha contra... en este caso la bandera fundamental del trabajo nuestro dentro de las cooperativas agrarias era contra el dominio estatal: la cooperativa debía ser completamente independiente. Pero era un mensaje mezclado con mucha doctrina ideológica. Eso hacía que el trabajo fuera cuesta arriba porque no solamente no se entendía bien

el discurso, sino que ellos estaban metidos en otras cuestiones, en cómo podían sacar provecho para su propio bienestar de esta situación de cooperativa agraria, que había sustituido a una hacienda.

La revolución era, para nosotros, el proceso que cambiaría el país, para hacerlo más justo, sin explotados ni explotadores y con soberanía frente al imperialismo. Esas eran las ideas básicas que había, esa era nuestra propuesta utópica, nuestro sueño, hacia eso aspirábamos. Cuando ingresé a VR el mensaje era que en tres o cuatro años nos íbamos al monte, a empezar la revolución —esto es, la lucha armada— y debíamos entrenarnos en aspectos no solo políticos sino también militares. Esto se frustró con la llegada del gobierno militar con sus banderas políticas antiimperialistas y de justicia social, que suscitaron un gran debate dentro de la izquierda. Fue un bombazo, un impacto tremendo. La expulsión de la IPC [International Petroleum Company] y la lucha contra el imperialismo, la reforma agraria, la lucha contra los grandes terratenientes y el apoyo al campesino, en la Universidad Agraria particularmente esto fue vivido con muchísima intensidad y polarizó a los estudiantes contra la minoría de derecha, a los que llamábamos «los pitucos». Pero, progresivamente, fueron creándose las diferencias dentro del propio movimiento progresista —por llamarlo de alguna manera—, entre los que apoyaban al gobierno y quienes decíamos que no, que este era un gobierno proimperialista; algunos decían que era un gobierno fascistoide o fascista.

Fue durísimo el debate que hubo dentro de VR cuando apareció el gobierno militar. El primero que plantea una manera diferente, distinta, para ver a ese gobierno, fue Ricardo Napurí. La manera en que él quería verlo era que ese era un gobierno distinto a los anteriores, que eran expresiones de derecha. Napurí propone eso y lo mezcla con la ideología trotskista, y sale. Sigue la lucha política y Ricardo Letts plantea la existencia de dos alas dentro del gobierno militar: el ala progresista y el ala de derecha. Letts es estigmatizado en discusiones súper violentas, porque no eran conversaciones sino enfrentamientos fortísimos entre enemigos. Era la aspiración de imponerse al otro a cualquier precio. Letts pasó a ser minoría y ya nadie le prestaba atención. La posición más radical prevaleció. Pero luego apareció otra más radical.

En VR seguíamos diciendo que era un gobierno proimperialista, pero cada vez más era evidente que lo que decíamos no resistía lo que acontecía en la realidad. Recuerdo debates en los que, ante un cuestionamiento, un compañero solía decir: «Mira compañero, este gobierno es proimperialista y punto». A la mierda, ahí terminaba todo, no había más posibilidades de debatir, porque te ponían en una situación de aprieto si te salías de ese marco.

El gobierno militar alteró la percepción de muchas cosas, una de las cuales fue la lucha armada. Las banderas que levantaba ese gobierno, las personas a cargo

de actividades en el gobierno y el enorme apoyo popular que inicialmente suscitó la revolución fueron aspectos que, por lo menos para mí, relativizaron muchísimo el tema de la lucha armada. Esto suscitó un intenso debate en la izquierda. Había desde el Partido Comunista Peruano, que apoyaba claramente al gobierno militar, hasta posiciones delirantes, que sostenían que era un gobierno fascista, criminal. Entre esas opciones extremas, había posiciones intermedias. En mi caso, y creo que también en gran parte de Vanguardia, desde ese momento se estaba relativizando la lucha armada. Como dije antes, en 1967 el mensaje en el partido era que en tres o cuatro años se iba al monte y hubo adiestramiento militar. Pero la posición militarista salió del partido.

Sin embargo, ese era el momento en que Sendero empezaba a trabajar en Ayacucho con esa orientación. Con los movimientos de tomas de tierra, de ex cooperativas o ex SAIS, en 1974 y 1975 se va gestando el movimiento campesino que da base o fortalece a la Confederación Campesina del Perú, pero luego surgen posiciones cada vez más extremas hacia la necesidad ineludible del enfrentamiento y de la violencia como camino a seguir. Sendero consideraba como un enemigo, tan importante como cualquier organización de derecha, a la gente de Vanguardia, a la gente del MIR y a toda la izquierda que, decían, lo que hace es confundir y, al final, se entrega a la derecha, a los enemigos.

«LA RELACIÓN CON EL PARTIDO
SUFRIÓ UN DETERIORO
PROGRESIVO, FUE COMO
DESGAJÁNDOSE».

Milité en VR entre 13 y 14 años. Entré a fines de 1966 y en 1975 empiezan a generarse en mí los primeros elementos de duda, que arrastro hasta fines de la década de los años setenta, cuando todavía seguía pensando en la política en términos revolucionarios, en términos de cambio basado en el marxismo-leninismo. La relación con el partido sufrió un deterioro progresivo, fue como desgañándose.

Uno de los elementos de duda viene del haber sido testigo de innumerables debates internos, basados en disquisiciones ideológicas, que más parecían ejercicios de despliegue de egos descontrolados en la dirigencia. Asociado a esto se encuentra el asistir a sucesivas divisiones del partido y, en especial, la incapacidad de responder a nuevas demandas sociales y políticas. Por ejemplo, el dilema de si deberíamos participar o no en elecciones; aún prevalecían posiciones de «las elecciones son opciones

burguesas y no hay nada que hacer ahí». Veía cada vez más que las respuestas que daba el partido a las demandas sociales y políticas eran respuestas que no me satisfacían. Todo esto fue alimentando en mí un descreimiento gradual sobre los temas que siempre habíamos predicado en el partido.

También comencé a estudiar un poco más de economía, a interesarme por lo que era el gobierno y las decisiones de gobierno, y veía que eran cosas complejas que, desde donde estábamos, no las veíamos. El trabajo en el IEP [Instituto de Estudios Peruanos], en un proyecto para estudiar la reforma agraria y sus consecuencias, que dirigió José María Caballero, fue en un ambiente donde se conversaba muy intensamente sobre estos temas, pero con mucha crítica a los propios planteamientos de la izquierda.

En 1970, cuando dejé la universidad y me fui a Trujillo, no me había graduado. Retorné a Lima en 1972 y al año siguiente volví a la universidad para culminar mis estudios en 1974. Me gradúo como economista y empiezo a trabajar como profesor universitario, en San Marcos y la Universidad de Ingeniería. Todavía seguía pegado a la economía política marxista porque la economía no marxista era economía burguesa. Mi experiencia como profesor en San Marcos incluyó enfrentamientos con estudiantes que comenzaban a abrazar la opción de Sendero. Me enfrenté a ellos con mucha fuerza; incluso una vez me metieron una ‘molotov’ en una clase que estaba dictando. Todo eso me llevaba a mayores cuestionamientos.

Otro elemento de cuestionamiento que me ayudó muchísimo —y que me sigue ayudando, sin duda— fue Carmen, mi esposa actual. Con ella comienzo a discutir en 1981 todos estos temas; ella no era política, no venía de ninguna tradición política. Eso fue un elemento crucial para ayudarme, para esclarecer cosas y esclarecerme a mí mismo.

«LAS RUPTURAS TE IMPACTABAN
MUCHO PORQUE SE IBA GENTE A
LA CUAL QUERÍAS, CON LA QUE HABÍAS
ESTABLECIDO LAZOS, RELACIONES
AFECTIVAS QUE SE PERDÍAN POR
RAZONES IDEOLÓGICAS».

La formación en el partido te da certezas ideológicas muy pautadas. Sentías que eras el portador de certezas y esas certezas las transmitías como dirigente. Esa transmisión suscitaba que la gente escuchaba lo que decías y comenzabas a construirte, consciente

o inconscientemente, como referente. A partir de 1977 o 1978, me sentía cada vez más incapacitado para responder a las demandas de aquellos que sentían que yo era la referencia para responder a preguntas sobre tal y tal cosa, que ya no estaba en condiciones de responder porque yo mismo estaba cuestionándome esas certezas. Hubo varios momentos en que me encontré, en muchos debates internos y no tan internos, con la acusación de que había perdido mi fortaleza ideológica. Me he encontrado con compañeros, a los cuales quiero, que me decían que tenía debilidad ideológica y hacía muchos cuestionamientos, que ya no era tan firme. Tu fortaleza ideológica era algo súper apreciado; porque sin fortaleza ideológica ibas a caminar directamente al oportunismo, que es la antesala a la traición de los intereses de la clase obrera, del campesinado, etcétera.

Trabajar con otras personas, que eran gente progresista, de izquierda, pero no de mi militancia y no provenían de mi experiencia, comenzó a mostrarme que hay otros caminos y a despertar en mí la posibilidad de transitar esos otros caminos, sin cargar con el estigma de ser un traidor, una persona que había abandonado una ideología que ofrecía tanto.

Progresivamente llegaba al partido, a nosotros, el desarrollo de Sendero Luminoso —no como Sendero, sino como el Partido Comunista del Perú— y hubo compañeros de Vanguardia que se fueron a esa otra opción; particularmente aquellos que, como resultado de la decisión de 1970 de construir partido a nivel nacional, habían sido enviados a hacer trabajo campesino. Varios se quedaron con Sendero. Uno de los más destacados fue Julio César Mezzich.

Las luchas internas, fratricidas —porque eran unas luchas como si fueran enemigos frontales—, entre diversas facciones de la izquierda significaron que Vanguardia Revolucionaria pasara por varias divisiones en las que intervenía el asunto del ego. En estructuras bastante cerradas, como la que estoy describiendo, hay condiciones para crear situaciones de ego muy fuerte y, consiguientemente, de peleas y disputas muy fuertes, para ver quién se apropia de qué, quién es dueño de qué y cómo estas ideas pueden dejar de ser de uno y pasar a otro. Estas estructuras cerradas provocan que los niveles de «pureza», los niveles de convicción en la lucha contra el enemigo, sean criterios muy valorados.

Si teníamos la idea —o por lo menos yo tenía la idea— de que el partido era tu vida, tu familia, las rupturas eran realmente fuertes, te impactaban mucho porque se iba gente a la cual querías, con la que habías establecido lazos, relaciones afectivas que se perdían por razones ideológicas, por diferentes puntos de vista. La primera ruptura con el trotskismo fue muy fuerte. La segunda, con el militarismo. La tercera, con el Partido Comunista Revolucionario. La cuarta fue con unas posiciones extremas que enfrentaban a lo que llamaban la corriente reformista, en la que yo me encontraba.

Todo eso te va mellando, te va afectando y dices: «¿qué es esta vaina, a qué estamos llegando, en qué estoy metido, de qué cosa estoy formando parte?».

La cuarta ruptura ocurre a finales de la década de los setenta y en 1980 me divorcié, lo que me llevó a que dejara de trabajar en un lugar que apreciaba y quería mucho, el Instituto de Estudios Peruanos, porque ahí trabajaba la persona de la que me estaba divorciando. Mujer, partido y chamba, dejé las tres cosas y eso me llevó al psicoanálisis, que me ayudó muchísimo para entender todo esto que se derrumbaba. Pero el proceso de aceptar la sugerencia de mis amigos de que entrase al psicoanálisis fue largo, porque para mí la psicología, el psicoanálisis y todas las variantes eran recursos de la burguesía, de la pequeña burguesía; porque los problemas personales se solucionaban de otra manera y tenías que subordinarlos a los grandes problemas sociales.

En esto el papel de los maestros internos era fuerte en el partido. Con ellos, los dirigentes, se conversaba algunas veces de estos asuntos. Te podrás imaginar la presencia gigantesca que puede tener ese maestro en estos temas personales, porque eran personas construidas sobre la base de que todos los problemas personales deberían someterse a los grandes problemas sociales: la revolución en Vietnam, la revolución en Cuba, apoyar a los cubanos, apoyar al movimiento campesino en el mundo. Entonces, tu miseria personal, comparada con esa miseria gigante, colectiva, resultaba insignificante. Te paralizaba.

Tuve dos hijos en mi primer matrimonio. Con ellos las relaciones eran muy eventuales; tenía muchísimo cariño por ellos, pero todo estaba mediado por el partido, por la demanda de tiempo que hacía el partido sobre mí. Olga, mi primera esposa, era la que se encargaba de la crianza, con el apoyo de su mamá. Traté de acercarme a ellos dos, porque fueron los que sufrieron mucho más los embates de mi militancia. Tengo dos hijas más con Carmen, mi esposa actual, pero ellas ya vinieron a la vida cuando yo había zanjado con la opción política partidaria.

«LA UTOPIÍA ES UN IDEAL CASI
INALCANZABLE PERO QUE
SUSCITA, O DEBERÍA SUSCITAR, AFANES,
INTENCIONES, VOLUNTADES PARA
ALCANZARLA. Y EL ESFUERZO
PARA ALCANZARLA VALE LA PENA».

El compromiso con el cambio del país fue una experiencia de aprendizaje y las circunstancias, así como mis propias decisiones, me llevaron por ese camino. Por supuesto, como en todo aprendizaje, hay aspectos buenos y malos. Recuerdo un poema de Tagore: «si de noche lloras por el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas». Si estás siempre pensando en aquello que perdiste, no vas a tener posibilidad de ver lo que tienes ante ti.

A estas alturas, soy un convencido de que el propósito de la vida es aprender y eso depende mucho de tu actitud. Creo que lo que he vivido, lo he vivido por mis propias decisiones, dado un contexto determinado, y he tenido la fortuna de extraer las lecciones que considero las adecuadas para reconstruir o seguir otro camino, del cual hoy estoy satisfecho.

Es cierto que el mundo de la política, en particular, es uno de pasiones impredecibles, inevitables y, muchas veces, mediocres, que aspiran a imponerse al otro a cualquier precio. Pero el mundo ha cambiado radicalmente en los últimos veinte o treinta años. Creo imprescindible hacer el esfuerzo de entender lo que la juventud pide o exige hoy. No hay posibilidad de establecer las relaciones autoritarias de antes, en las familias, en pequeños grupos, en los colegios, en las universidades. Escuchar y persuadir son esenciales para contribuir a generar la ilusión de que un cambio es necesario y posible. En definitiva, en el mundo en que vivimos, lo que se requiere para el relacionamiento con la juventud es una suerte de revolución mayor: tratar de ver el mundo como lo ve el otro. Creo que si tienes esa aproximación, te da la base para estar en condiciones de plantearles algún mensaje que puedan captarlo como positivo.

Hoy tengo la fortuna de trabajar con personas jóvenes en una organización vinculada a temas medioambientales y de conservación de la biodiversidad. En ese ambiente soy un anciano porque la mayoría son chicos de 25, 30 o 35 años. Los temas de la conservación y cuestiones medioambientales suscitan apasionamiento porque constituyen aspectos centrales del futuro inmediato de sociedades como la nuestra. Pero nosotros los abordamos desde una perspectiva no confrontacional, no vamos al choque, a demostrar que somos los que sabemos más o los que tenemos la verdad, sino tratando de persuadir. Usamos para ello la información científica. No ser confrontacional contribuye a la ecuanimidad para conversar o discutir sobre un tema determinado. Basarse en la ciencia reduce significativamente la arbitrariedad que se asocia a la subjetividad.

Si recuerdo bien, Borges decía que la realidad en nuestros países —yo diría que es el caso de nuestro país— impone el terrible y secreto deber de la esperanza. Soy un convencido de que no se pueden hacer las cosas sin entusiasmo y sin confianza en lo que vendrá. Esos son aspectos que no he dejado. Soy un convicto creyente de esa aproximación a la vida.

No sé si es utopía pero creo que sí tengo el afán de aspirar a una plena felicidad; por lo menos, empezando por ti mismo y por tu familia. Me cuesta renunciar a una utopía de vivir en un mundo, por ejemplo, en paz. Y creo que lo que podemos hacer nosotros, cada uno de nosotros, es contribuir a ello. Efectivamente, la utopía, como suele definirse, es un ideal casi inalcanzable, pero que suscita, o debería suscitar, afanes, intenciones, voluntades para alcanzarla. Y el esfuerzo para alcanzarla vale la pena.